

POESÍA DE LOS TROVADORES

Versiones de Francisco Serrano

Guillaume de Poitiers

(1071-1126)

CANCIÓN

Haré un poema sobre nada:
no es de amor ni de amada,
no tiene salida ni entrada,
sino que lo hallo
dormitando por la calzada
en mi caballo.

Yo no sé cuándo fui alumbrado,
no soy alegre ni amargado,
no soy hablador ni callado,
ni te hago caso,
porque acepto que todo es dado
como un acaso.

No sé a qué hora me adormecí,
al despertar, muy poco vi,
mi corazón casi partí
con ese mal,
no voy a fiarme ni de ti,
por San Marcial.

Estoy enfermo y moriré,
nadie sabe decir de qué,
a un médico recurriré,
ignoro cuál;
si es uno bueno, sanaré,
si no, qué mal.

Tengo una amiga, no sé quién es,
nunca la he visto, ni una vez,
nada me ha hecho, ni importa, pues
nada concierta

si hay un normando o un francés
contra mi puerta.

Nunca la vi, en todo un año,
la amo mucho, mas no la extraño,
no me ha hecho bien ni daño,
pero además
yo sé de otra, desde antaño,
que vale más.

Canción al fin, no sé de quién,
la pasaré sin prisa a uno en
Poitiers, que pueda darla, y bien,
a alguien cercano
que la transmitirá, también,
de mano en mano.

Bernart de Ventadorn

(...1147-1170...)

CUANDO CONTEMPLO A LA ALONDRA MOVER

Cuando contemplo a la alondra mover
sus alas contra el sol, gozosa,
cómo se abandona y deja caer
por la dulzura que la acosa,
siento una envidia tal, que si
veo a uno gozar, jocundo,
me maravillo de que sea así,
cómo es que de deseo no me fundo.

¡Ay de mí!, yo que pensaba saber
de amores, sé tan poca cosa,
porque de amar no me puedo abstener
a la que sin piedad es tan hermosa.
Me robó el corazón, me robó a mí,
a ella se robó, y robó a todo el mundo,
nada me deja al privarme de sí,
sólo ansiedad en el pecho infecundo.

No tendré nunca sobre mí poder,
me perdí desde esa vez deliciosa
en que en sus ojos me permitió verme:
un espejo de luna esplendorosa.
Espejo, desde que me miré en ti,
me mata un suspirar de lo profundo,
pues como se perdió Narciso me perdí,
y como él en la fuente, igual me hundo.

Me desespera tanto no tener
confianza en la mujer, dama ni moza,
que aunque yo las solía proteger,
mi ánimo defenderlas ya no osa,
ninguna vendrá a ayudarme a mí,
por eso me atormento y me confundo.
A todas temo, a ninguna creí,
bien sé que son iguales, más no abundo.

En eso se muestra bien mujer
mi dama, lástima, tan veleidosa:
no quiere lo que se ha de querer,
y hace lo que no debe, afanosa.
En desgracia, como el loco, caí
cuando cruzaba el puente, en lo profundo,
y no sé lo que ocurre, o tal vez sí:
piqué demasiado alto en este mundo.

La piedad, es verdad, se va a perder,
ninguna duda abrigo recelosa,
si la que más debería tener
considera tenerla poca cosa.
Ah, qué duro parece, pero así
es, ver cómo a este triste gemebundo,
que sin ella ningún bien tiene, ni
nada, lo deja morir en un segundo.

Si con ella no me van a valer
ni ruegos ni favores, desdeñosa,
puesto que ya no le causa placer
que le diga mi palabra amorosa,
voy a alejarme; desistí,
me mató: hálito de muerte infundo.
Ya que no me retiene aquí,

al destierro me iré, o al inframundo.
Tristán, nada tendrás de mí,
ya me voy, desdichado, no sé adónde,
hoy renuncio a cantar, huyo de aquí
sin dicha: voy donde el amor se esconde.

Arnaut Daniel
(...1180-1195...)

DULCES SILBIDOS

I

Trinos, silbidos
oigo y gorjeos
de aves que en su latín hacen su ruego
a su pareja; igual tú y yo halagamos
a amigas con las que nos entendemos;
con la más bella me he de entrevistar,
y una canción haré, alta como un destello,
que no tenga palabra falsa ni rima vil.

II

Ni estoy perdido,
ni doy rodeos
cuando al interior del castillo llego
de mi señora, a la que codiciamos
con hambre más allá de todo extremo;
por su belleza, que no tiene par,
mil veces al día levanto el cuello:
mejor pobre placer que dolor de marfil.

III

Bien recibido
seré, preveo,
porque al hablar no he sido lego:
preferí el oro al cobre; nos besamos
y con su manto azul nos envolvemos
a fin de las miradas evitar
de esa calaña de culebras sin resuello,
habladores de lengua viperina y hostil.

IV

Dios bendecido,
que no hizo reo
de sus pecados al centurión ciego,
deje, si quiere, que ella y yo yazcamos
allí en el aposento que indiquemos;
cita feliz, y cuando sin dejar
de besar y reír muestre su cuerpo bello,
yo pueda contemplarlo a la luz del candil.

V

Tallo florido,
brote, el jaleo
que arman los pájaros con su rejuego,
no son más frescos; sin ella, ni a amos
de urbes envidia, ni a reyes supremos;
pero voy, fiel, las manos a juntar
y a darme: la honraría un rey con su sello
o aquel que un doble imperio administra, sutil.

VI

Boca, ¿te he oído
prometer, creo,
como si fuera yo emperador griego
digno de loores, o el rey que honramos
de Roma o aquel de Tiro? Tenemos
que estoy loco si ansío solicitar
tanto que me arrepienta –de Amor un atropello–,
pues quien el gozo espanta no es sabio: es incivil.

VII

Al perseguido
por lenguas, veo
sin temor, no obstante que al rey gallego
haya hecho errar; y, así, lo censuramos,

pues apresó a Raimón, bien lo sabemos,
que era pariente suyo y fue a peregrinar,
y no habrá estimación para él por ello
si no lo suelta ahora de ese infame cubil.

No lo vi, porque andaba subido en una rampa
viendo acceder al trono al nuevo rey de Estampa.

EL FIRME ANHELO QUE EN EL PECHO ME ENTRA

I

El firme anhelo que en el pecho me entra
no pueden arrancarlo pico ni uña
del hablador, que así perderá el alma;
no le voy a pegar con rama o vara,
aun a escondidas, donde no haya un tío;
de gozo gozaré, en jardín o alcoba.

II

Cada vez que me acuerdo de la alcoba
donde, para mi mal, sé que nadie entra
pero todos vigilan, primo o tío,
me tiembla todo el cuerpo, incluso la uña,
igualito que un niño ante la vara:
temo suyo no ser, con toda el alma.

III

¡Con el cuerpo será, no con el alma
si consintiera que entre yo en su alcoba!
Más me lastima que un golpe de vara,
que allí donde ella está, su siervo no entra.
Con ella seré siempre carne y uña,
y no voy a escuchar a amigo o tío.

IV

Jamás amé a la hermana de mi tío
tanto ni más, ¡lo juro por mi alma!
Tan cerca como está el dedo de la uña,
si acepta, estar quisiera de su alcoba;
hará de mí el Amor, que en el ser me entra,
mejor que el fortachón de débil vara.

V

Desde que floreció la seca vara
y nacieron de Adán sobrinos, tíos,
amor como este, que en el pecho me entra
no creo que existiera, en cuerpo ni alma;
dondequiera que esté, plaza o alcoba,
no me separo de ella, ni media uña.

VI

Así mi corazón se une y se aúña
a ella, cual la corteza hace en la vara;
me es torre de placer, palacio, alcoba,
y no amo más a hermano, primo o tío:
tendrá en el cielo doble gozo mi alma
si hay alguien que por bien amar ahí entra.

VII

Arnaut envía su canción de uña y de tío
con la venia del alma de su vara,
a Aquel cuya virtud en la alcoba entra.

Arnaut de Maruelh

(...1195...)

SEÑORA, MÁS GENTIL DE LO QUE SÉ EXPRESAR

Señora, más gentil de lo que sé expresar,
por quien no hago más que gemir y suspirar,
éste, tu fiel amigo, bondadoso y cordial
—seguro lo conoces y adivinarás cuál—,
te dirige y envía la salud que él no tiene:
jamás tendrá algún bien si de ti no le viene.

Hace mucho, señora, que intento comprender
cómo conseguiré decirte mi querer,
mi pensamiento y los fines de mi intención:
por mensajero o por mi propio corazón;
por mensajero no me atrevo, temeroso
de que ello te moleste y resulte enojoso.
Lo dijera yo mismo, pero estoy tan turbado
por el amor, que, al verte, olvido lo pensado.

Remito para ti un mensajero muy fiel:
una misiva mía sellada va con él.
A ningún mensajero conozco más cortés
ni hábil para esconder lo que realmente es.

He aquí el consejo que me ha inspirado Amor,
a quien todos los días dirijo mi clamor:
ya que lo quiere, Amor me ha ordenado escribir
aquello que la boca no se atreve a decir.
No me atrevo a buscar ni pretexto ni excusa
al mandato en que Amor no tolera recusa.
Escucha pues ahora, señora, si lo quieres,
lo que mi carta te dirá donde estuvieres.

Señora cortés, dueña de un saber exigente
que te vuelve agradable para toda la gente,
eres poseedora de toda perfección
en el pensamiento, en la palabra, en la acción:
la gracia, la belleza, el encanto sutil,
el habla, la cultura, el cuerpo gentil,
tu radiante sonrisa, tu color, tu valor,
y demás cualidades; la mirada de amor,
las hermosas acciones y dichos de alegría,
son materia que me hace meditar noche y día.

Cuando ocurre que no te voy a poder ver,
ni gozo ni deleite me es posible tener;
ni gozo ni deleite tengo, y soy como un muerto
si finalmente no puedo llegar a puerto;
porque la larga espera y el deseo de oír
de ti, y el mucho velar y el tan poco dormir,
el anhelo de verte y la preocupación
incesante me oprimen cruelmente el corazón.

Cien veces, noche y día, pido a Dios el horror
sombrio de la muerte si no tengo tu amor.
¿Cómo obtendré tu amor?: ya no tengo albedrío.
Sabe Dios que soy tuyo cien veces más que mío;
porque de ti, señora, conozco que me viene
lo que bien hago o digo, y cuanto me conviene.
El primer día que te vi, Amor penetró
en mi corazón con tal fuerza que encendió
una hoguera, que no menguó una vez prendida
y no se extingue: a diario aumenta, enardecida.

Mientras más alejado estoy de ti, señora,
más y más se acrecienta el amor, que te adora;
pero cuando sucede que te consigo ver,

o admirar, nada siento, no me sé conmover.
Sé que el dicho que suele decirse es falso: miente
lo de ‘ojos que no ven, corazón que no siente.’

Señora, el corazón me duele al comprender
que no te podré ver. Y ya no sé que hacer.
Mi corazón fue allí el día que te vi;
nunca más ha podido separarse de ti:
no se aleja de ti ni un segundo, día y noche
vive contigo y te corteja, día y noche
está contigo allí donde esté, y no reposa
incapaz de pensar en cualquier otra cosa.

Si creo pensar en otra cosa, un mensaje
recibo: el corazón, proclive a tu hospedaje,
como tu mensajero, razona, me recuerda,
y de tu ser gentil la memoria se acuerda:
tu hermosa cabellera rubia, tu clara frente
que es más blanca que el lirio, tu mirada sonriente;
la nariz recta, el rostro de encendido color,
más blanco y sonrosado que ninguna flor;
la boca breve y húmeda, y los dientes, más blancos
que la plata acendrada, mentón, garganta, blancos,
y el pecho cual la nieve o la flor del espino;
tus bellas manos blancas, de largos dedos finos
y delicados, tu agraciada figura
donde nada es innoble y todo es hermosura;
tus respuestas sinceras y finas, tu agudeza,
la gentileza de tu trato, tu franqueza;
y el hermoso semblante que al fin me dirigiste
la primera ocasión que te vi y tú me viste.

Si el corazón te evoca y me dice todo esto,
me arrebató a tal grado que actúo descompuesto;

porque ya no sé adonde voy ni de donde vengo,
y es una maravilla si apenas me sostengo;
el corazón me falla y se me va el color:
tanto así me tortura, oh señora, tu amor.

De día padezco el rigor de esta batalla
y, con todo, en la noche sin piedad me avasalla.
Porque en el momento en que me he ido a acostar
y pienso que por fin lograré descansar,
comienzo a dar entonces vueltas y vueltas, giro,
me revuelvo, pienso una y otra vez, sí, suspiro
y después me levanto, para luego sentarme,
sólo para enseguida regresar a acostarme;
y me recuesto entonces sobre el brazo derecho
y luego lo hago sobre el izquierdo y del lecho
arrojo las cobijas apresuradamente
para después taparme de nuevo lentamente.

Cuando creo que me he esforzado bastante,
saco los brazos y, las manos delante
del pecho, con los ojos hacia el sitio en que sé
que estás, voy repitiendo esto que contaré:
“¡Señora excelentísima, perfecta y agradable,
quiera Dios que en su vida le fuera una vez dable
a este fiel enamorado tuyo conocer
el día o la noche en que pueda por fin ver
furtiva o libremente, tu cuerpo deseado,
grácil y gentil, entre mis brazos, y besado
dulcemente tus ojos y tu boca, que un beso
me valga más que cien, y me ate el embeleso!”
He dicho demasiado, pero no pude más;
he dicho demasiado, ya no debo hablar más.
Si bien únicamente una vez he expresado
lo que en el corazón mil veces he pensado.

Cierro los ojos, dejo escapar un gemido
y suspirando me voy quedando dormido.
Entonces va mi espíritu derecho a ti, señora,
a ti, cuya presencia anhela a toda hora,
y de la misma forma como yo lo deseo
noches y días, cuando medito en ello, veo
que a placer te corteja, besa, abraza, acaricia.
Ser conde o rey desdeño: soñar es mi delicia.
Pues he aquí que prefiero dormir disfrutando
a, anheloso sin fin, languidecer velando.
Ni Rodocesta, Biblis, Blancaflor, Tisbe, Elena,
ni Semíramis, Leda, Antígona, ni Ismena,
ni la hermosa Isolda, la de rubios cabellos,
gozaron con su amor de deleites tan bellos
ni la mitad de la dicha ni del deseo
que yo tengo contigo, o al menos eso creo.

De dulzura suspiro, y luego al despertar
abro febril los ojos y contemplo el lugar
despacio, aquí y allí, y me imagino hallarte,
a mi lado, señora, mas no logro encontrarte
ni verte: cierro los ojos, vuelvo la cara
junto las manos, por si eso me deparara
el dormir; y sin éxito me reintegro a la dura
batalla de amor que me vence y me tortura.

Señora, no puedo ni la centésima parte
de mis penas ni de mis males enumerarte;
ni de los sufrimientos, angustias y dolores
que padezco, señora, por tu amor, Amor es
causa de mis tormentos: me abraso estando vivo
y en medio de esta hoguera me consumo cautivo.
Ahora te suplico, señora, por piedad,
que me absuelvas si peco o yerro, en soledad.

Escucha, señora, esta plegaria, la criatura
más gentil que en el mundo concibiera natura,
mucho más bella que bello día de mayo,
sombra de estío, sol de marzo, rosa de mayo,
lluvia de abril, flor de gracia, espejo de amor,
llave de leal mérito, recipiente de honor,
sol de juventud, germen y flor de discreción,
lugar de encanto, cámara de deleites, mansión
de liberalidad... No sé decir, señora,
más ni puedo mejor. De rodillas ahora
te ruego que me aceptes como tu servidor
y que no dudes en prometerme tu amor.

No pido nada más porque ello no conviene;
todo queda en tus manos y a tu merced se atiende.
Y puesto que de mí mismo hago tu alabanza,
cuando menos prométeme brindarme tu esperanza
para que me consuele, si acaso tengo suerte,
magnífica esperanza mía, sí, hasta la muerte.
Pues prefiero con buena esperanza morir,
a despechado arder y dejarme abatir.

Señora: no me atrevo a insistir ni a rogar,
pero que Dios te salve y te quiera guardar;
y, si quieres, devuélveme esta salutación.
¡Puesto que Amor ha obrado mi capitulación
por causa tuya, pido ahora, por mi bien,
que Amor que todo vence, te venza a ti también,
Señora!

Peire Vidal
(...1183-1204...)

PUESTO QUE VOLVÍ A PROVENZA

Puesto que volví a Provenza
y ello a mi dama agradó,
haré una alegre canción
a modo de recompensa.
Con servir y con honrar
se obtienen del buen señor
don, beneficio y honor
si se saben apreciar;
así, me voy a esforzar.

Quien maldice la paciencia
incurre en un grave error;
de Arturo el pueblo bretón
conservó la preferencia.
Y yo por mucho esperar
conquisté con gran dulzor
el beso que el fuerte amor
me hizo a mi dama robar,
que hoy ella se digna dar.

No falté por negligencia;
conservo pues la ilusión
de que el mal mude a favor
porque el bien tan bien comienza.
Y se podrá confortar
en mí cualquier amador:
saco, tras ardua labor,
lumbre del frío glaciár
y aun agua dulce del mar.
No pequé: hice penitencia,

sin culpa pedí perdón,
de nada obtuve un fiel don
y de ira benevolencia,
y gozo pleno al llorar
y de amar dulce sabor,
y soy audaz por pavor
y sé, perdiendo, ganar
y aun vencido, derrotar.

¿Obtendré correspondencia?

Vencido sabe que estoy;
considera de razón
el que, vencido la venza;
pues se debe apoderar
franca humildad del rigor.
Yo no encuentro valedor
cuya ayuda aprovechar,
mas ruego y merced clamar.

Como a su magnificencia
completamente me doy,
no debe decir que no;
sin ninguna reticencia
soy, para vender y dar,
suyo; comete un error
quien dice que a otro sector
voy: mejor a ella añorar
que de otra el favor ganar.

Gran Rainier*, por mi conciencia,
careces de parangón,
el más valiente barón
no igualará tu excelencia.
Y pues Dios te hizo sin par

y a mí tu leal servidor,
te ofreceré mi loor;
haré cuanto pueda crear.
Rainier, dignate aceptar.

** Peire Vidal llama así al vizconde Barral de Marsella (muerto en 1192).*

TROVEROS Y MINNESINGER

Friedrich von Hausen
(*hacia 1150 - 1190*)

ME PRODUCE GRAN DOLOR

I

Me produce gran dolor
haber dejado a la hermosa;
intrepidez me faltó,
no le dije cuán preciosa
me era la luz de su amor,
porque la inquina envidiosa
de algunos, me lo impidió.
Que quien al Infierno acosa
les dé una pena espantosa.

II

Me están vigilando, en fin,
sin el derecho de hacerlo.
Muestran su codicia, sin
que les valga merecerlo.
Podrían desviar el Rin
hasta el Po, sí, retorcerlo,
antes que yo deje, ruin,
no importa lo sucedido,
a aquellos que me han servido.

Chrétien de Troyes

(...1160 - 1190...)

DE AMOR, QUE ME HA ROBADO

(fragmentos)

De Amor, que me ha robado, lo sé,
y que no me quiere retener,
me quejo, aunque le permitiré
tratarme conforme a su placer,
si bien soy capaz de precaver
el lamentarme, y diré por qué:
a quienes le fallan observé
frecuentemente alegres volver,
y yo fallo, por mi buena fe.

Si alza Amor su ley, que yo ensalcé,
y a sus enemigos quiere vencer,
lógico es, y así lo creeré,
que a los suyos no deje caer;
yo, que no puedo retroceder
frente a aquella a la que me até,
mi corazón, que es suyo, le enviaré,
y aunque de nada le pueda valer,
lo que le debo le devolveré.

Señora, vuestro vasallo soy,
decidme, con gusto ¿me aprobaréis?
No sé, pues conociendoos voy,
si os molesta: esclavo me tenéis.
Y puesto que ya no me queréis,
a pesar de todo, vuestro soy;
si de alguno debéis tener hoy
piedad, bueno es que me soportéis,
que a servirle a otra presto no estoy.

Si tu dama te ha de rechazar
no por eso de ella partirás;
a su servicio deberás estar
siempre, en lo que haces y lo que harás.

La abundancia, advierte, no amarás,
la carencia no te va a pesar.

Dulce es si te sabes distanciar;
mientras la hayas deseado más,
será más dulce para probar.

Heinrich von Veldeke
(finales del sigloXII)

EL SOL DEJÓ DE BRILLAR

El sol dejó de brillar,
retirándose ante el frío,
y dejaron de cantar
los pájaros del estío.
Está triste el corazón,
pues llegaron las heladas
dejando, sin compasión,
flores marchitas y ajadas.
Está la campiña mustia
y esto me provoca angustia.

Heinrich von Morungen

(¿?-1222)

SEÑORA, PARA VIVIR

I

Señora, para vivir,
miradme al menos, querida.
Ya no puedo resistir,
estoy perdiendo la vida.
Mi alma está enferma, herida.
Señora, son causa de mi congoja
mis ojos, tu boca roja.

II

Mira mi dolor, señora,
antes que pierda la vida.
¿Por qué me dices ahora
esta palabra homicida?
¿Por qué siempre dices no?
No, no, no, no, no, no, no:
mi pecho se desgarró.
¿No podrías decir sí,
sí, sí, sí, sí, sí, sí?
Mi pecho sufre por ti.

ME PASÓ COMO A UN NIÑITO

Me pasó como a un niño
que, viéndose en un espejo,
toca su propio reflejo
hasta que al fin, con un grito,
lo ve romperse, perplejo.
Del gozo la pena es de gozo.
Pensé ser feliz; hoy admito
que ver a mi amor, contrito,
me anima y hiera, y me alejo.

Wolfram von Eschenbach

(ca. 1170- 1220)

CUANDO BROTAN LAS FLORES Y LAS HOJAS

I

Cuando brotan las flores y las hojas,
en primavera, y cantan viejos cantos las aves,
yo, en cambio, entonar puedo cosas nuevas y suaves,
aunque hiele, señora, y no oigas mis congojas.
La música del bosque, su sonido
en mitad del verano, no halagan el oído.

II

Brillan resplandeciendo más las flores
a causa del rocío, que humedece el lugar.
Los pájaros que cantan, los mejores,
a sus hijos entonces se ponen a arrullar.
No duerme en ese tiempo el ruiseñor:
despierto estoy, y canto del valle alrededor.

III

Consuelo busca mi canto, mujer,
tu ayuda es ahora lo único que me puede servir.
Porque tu galardón debe atender
al servicio que te hago y te haré hasta morir.
Deja que venga mi consolación,
así quedaré libre de mi larga aflicción.

IV

Tu ayuda lograré, mujer, sé buena.
¿Acaso estás dispuesta a cortar de raíz
mi suplicio, que se acabe mi pena
y que mi larga espera tenga un final feliz?

Tu grato proceder ha hecho así
que todas mis canciones te las dedique a ti.

V

Mujer, tu bondad y tu ira, a la par,
me dieron alegría en muchas ocasiones.
¿A mi espíritu quieres consolar?
Acaba de una vez con mis lamentaciones.
Con una palabra me salvarías:
tendré otra vez confianza el resto de mis días.

Walther von der Vogelweide

(...1170 – ...1230)

¿A DÓNDE HAN HUIDO MIS AÑOS?

¿A dónde, a dónde han huido mis años?

¿Es la vida verdad, o un sueño extraño?

¿Lo que yo creí que fue, ha existido?

Ya no sé por cuánto tiempo he dormido.

Ahora, que por fin he despertado,

nada reconozco, estoy perturbado.

La gente y el lugar donde crecí

son como espectros, ajenos a mí.

Mis amigos están lentos y viejos,

la campiña cambió, el bosque está lejos.

Sólo el agua traza el mismo camino.

Digo en verdad que es un triste destino.

No me saluda aquel que conocía.

Pienso con pena en mis dichosos días,

que pasaron como una tempestad.

El mundo está lleno de hostilidad.

Más cada vez, ¡ay!